

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 183 – 28 de octubre de 2016

En este número

1. Lo liberal y lo joseantoniano, Manuel Parra Celaya
2. La poesía de José Antonio y algo más, José M^a García de Tuñón Aza
3. Son como raposas y además carroñeros, Emilio Álvarez Frías
4. El eterno retorno de la izquierda, Jesús Laínz
5. La zorra al cuidado de las gallinas, Josele Sánchez
6. Nuevos límites al poder político, Alberto Benegas Lynch (h)

Lo liberal y lo joseantoniano

(A propósito de un 29 de octubre, sin necesidad de mencionar esa fecha)

Manuel Parra Celaya

Julián Marías es uno de los grandes olvidados en esta España de hoy, que vive pendiente de su presente imperfecto y fugaz; la causa de este olvido puede ser la incomodidad de sus convicciones, tanto por su catolicidad y rotunda afirmación de la unidad nacional como por su nunca arriada convicción de heredero y continuador de la filosofía de Ortega y Gasset.

He sido y soy un lector expectante de Julián Marías, en la coincidencia y en la discrepancia; admiro en sus páginas la serena reflexión, el cabal entendimiento del *ser de España* y su mesurado apasionamiento, tan alejado del sectarismo, y creo coincidir en este aprecio con muchos españoles pensantes y no desmemoriados. Y, hablando un día con el maestro Jaime Suárez – autor, entre otras mil cosas, de uno de los mejores libros sobre José Antonio y su *legado*, y del que se puede discrepar en algunos puntos sin dejar de admirarlo–, me sorprendió con la frase «*Julián Marías fue un joseantoniano malgré lui*», que no atribuí en modo alguno a la habitual vehemencia de mi interlocutor, pues me parecía coincidir con una opinión mía acaso nunca expresada en voz alta.



Aquel dictamen de Jaime me dio que pensar, y llegué a invertir, escépticamente, los términos: ¿no sería que los joseantonianos actuales –él y yo en este caso–, por razón de la edad o de las circunstancias, hemos derivado en un liberalismo no confeso, que fue la condición ideológica inalterable de Marías; es decir, que, llevados por cierta frustración

política, hemos arrinconado nuestras banderas y acampado en esa *melancolía entusiasta*, que, para el pensador liberal constituía *el verdadero temple del liberalismo*?

La fidelidad hacia unas convicciones no es sinónimo de fanatismo ciego o de cerrazón a lo exterior, sino, al contrario, de un acrisolamiento constante, una puesta a prueba, en confrontación constante con otras ideas; del resultado de este debate dialéctico surge necesariamente un enriquecimiento intelectual y moral y, por lo menos en mi caso, una reafirmación de que no estoy errado. Esto me sucedió, por ejemplo, hace poco, cuando, contemplando la obra inmensa de la antigua Universidad Laboral de Gijón, me di en cavilar que su construcción respondía a una específica valoración falangista del mundo del trabajo como aristocracia en sí misma, concepción tan distante de bienintencionadas y meritorias experiencias previas en pro de la juventud trabajadora como clase social *inferior*. Y esto también me sucedió siempre al leer a Julián Marías: veía sustentadas mis constantes falangistas por su *auctoritas* de pensador y de filósofo, observaba mis diferencias con algunas de sus apreciaciones y, sobre todo, reconocía el común magisterio orteguiano en él, en José Antonio y, mucho más humildemente por supuesto, en mi persona.



Siguiendo lo que podríamos llamar *fidelidades históricas* de Julián Marías, hallo una confirmación de mi teoría –no totalmente personal ni exclusiva– acerca de la *genealogía falangista*, tal como la expuse en mi ensayo *Los institucionistas de la Falange*, contenido en aquella *Historia de la Academia de Mandos e Instructores José Antonio*, que dirigió con tan buen pulso el recordado Santiago Fernández Olivares. Se decía allí que «*la genealogía falangista parte del proyecto de los Ilustrados, sigue con el liberalismo reformado y reformista de los krausistas y regeneracionistas, y empalma con la frustración orteguiana del “no es esto, no es esto”, ante la significación del 14 de abril. Lo que ocurre es que al*

falangismo se le echó encima la gruesa capa de barniz de un conservadurismo tradicional, culpable en buena medida de que España no encontrara su esencia y su objetivo entre las naciones del mundo».

En efecto, de aquel *español entero* que fue Jovellanos, de la polémica entre Donoso y Valera, del afán pedagógico y patriótico de Giner, de la voluntad regeneradora de Costa, del pesimismo del 98 y de la superación racional del 14, nace, por herencia directa, la impronta del falangismo joseantoniano, que, por supuesto, recibe de pleno el atractivo de la moda totalitaria de su época, primero, y el recorte de sus alas revolucionarias por el conservadurismo mencionado, después.

Pero, a todo esto, no he respondido a la duda que me autoformulé con respecto a un sedicente liberalismo en nuestras conciencias falangistas del siglo XXI... Volvamos a Julián Marías, quien define *ser liberal* «*en estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y, segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin*»; y, en otro momento, dirá también: «*Yo suelo definir al liberal como el que no está seguro de lo que no puede estarlo*» y, por fin, «*el liberalismo es, pues, una conducta*».

Analicemos las tres afirmaciones de Julián Marías; totalmente en consonancia con la

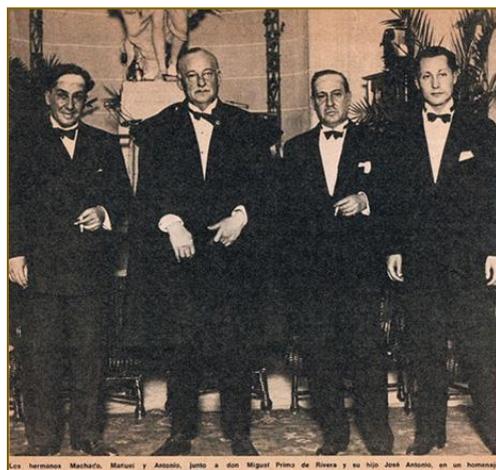
segunda de ellas –el fin no justifica los medios–, pero no podemos aceptarla, desde mi humilde opinión, como característica diferenciadora del liberalismo, sino, en todo caso, de toda *interpretación ética de la política*, respaldada por una clara base cristiana, como es el caso de la doctrina de José Antonio.

Sobre la primera definición –entenderse con el que piensa de otra manera– creo que es también una virtud humana, no estrictamente *liberal*; y me gustaría matizarla con dos añadidos: el primero es que ello debe hacerse *desde las propias convicciones, sin renunciar a priori a ellas de forma relativista*, eso sí, dispuesto a asumir lo que aporten de positivo las ideas de tus oponentes; la segunda, muy importante, sin olvidar que existen unas *categorías permanentes de razón*, unos valores en los que se cree y, sobre los cuales, solo cabe el margen de tolerancia del respeto al otro, y no a sus ideas concretas; por ejemplo, yo me puedo entender con un ateo, pero sin que ello signifique que voy a poner sobre el tapete alguna duda sobre la existencia de Dios; o, en otro orden de cosas, yo respetaré en su dignidad humana al que considera lícito romper la unidad de España, pero no admitiré que su separatismo pueda ser válido en modo alguno. El problema del Estado Liberal –y aquí se centraron las críticas de José Antonio–, es que *no cree en nada*, ni siquiera en su propia existencia, como estamos comprobando a diario.

En cuanto a la definición de liberalismo como *conducta*, considero que aquí juega Julián Marías con dos sentidos distintos, como reconoce en un párrafo referido a la memoria de Gregorio Marañón: el de *liberalidad*, es decir, *generosidad*, apertura de miras, y el del liberalismo como estricta ideología política.

Aventuro que la historia del falangismo joseantoniano responde plenamente a la primera acepción: en primer lugar, desde el propio talante de José Antonio, capaz de tender puentes de respeto, simpatía y atracción incluso hacia personas ajenas, en parte o por completo, a su manera de entender la política española, y que se cierra, vitalmente, con el *abrazo* al Presidente del Tribunal de Alicante, que tan magistral y emocionadamente nos han transmitido Enrique de Aguinaga. En segundo lugar, en diversas actitudes, genuinamente herederas de lo joseantoniano tras su muerte, como la voluntad de reconciliación nacional en el Frente de Juventudes o en la intención *asuntiva* del *grupo de Burgos*, a cuya falta de eco en la España oficial puede deberse la defección de alguno de sus miembros. Se podrían citar una larga lista de peripecias de este tenor, que muestran esta *liberalidad* de quienes habían asumido sinceramente el *estilo* de José Antonio, esa *manera de ser* que él pretendía transmitir como seña de identidad de sus seguidores, con el fin de integrar a los españoles en un conjunto unido, armonizando valores dispersos y aparentemente opuestos, con el fin de evitar más enfrentamientos civiles.

Ya que nos hemos referido al Dr. Marañón, a partir de una alusión de Julián Marías, no está de más reproducir aquí unas palabras con que aquella insigne figura de la generación del 14 recordó a José Antonio en el único encuentro personal que ambos sostuvieron: «*Recuerdo que un gran amigo de ambos, un señor de Jerez, el marqués de Negrón, nos convidó a almorzar, sin decirnos a ninguno de los dos quién era el otro comensal [...]. Era la primera vez que crucé la palabra con él, y el saludo que nos hicimos*



Los hermanos Macháco, Marañón y Antonio, junto a don Miguel Primo de Rivera y su hijo José Antonio, en un momento

fue el de dos amigos de siempre. Al poco rato, José Antonio me dijo textualmente: “Ni usted es como creen las gentes, ni tampoco yo”. A lo cual contesté: “Usted y yo somos lo que somos; lo que pasa es que los dos somos capaces de estimarnos por encima de las circunstancias, y la circunstancia más circunstanciada es la política”. Tras afirmar que de aquella entrevista nació “una amistad que creo poder llamar fervorosa”, el Dr. Marañón menciona la correspondencia que ambos sostuvieron, ya preso José Antonio en Alicante, y a que su hermano Miguel, en París, “vino a verme con el encargo de abrazarme que le dio José Antonio en la hora suprema; y lo recibí y lo recuerdo con profunda emoción”» (Marino Gómez Santos: *Gregorio Marañón cuenta su vida*. Aguilar 1961). Ese era el liberalismo -liberalidad- del Fundador, y que formaba parte esencial de su elegancia natural, que él quiso trasladar íntegramente al *estilo o modo de ser* que tenía que caracterizar a sus seguidores.

Si esto sigue siendo así, quienes nos consideramos joseantonianos a la altura del siglo XXI a los ochenta años de la muerte de José Antonio, es evidente la obligación de cribar de sus textos lo que es esencial y permanente, y superar -tal como lo ha superado el tiempo- lo que corresponde a las categorías de accesorio y accidental. Entre lo primero, habrá que considerar que no han perdido su vigencia aquellas *categorías permanentes de razón* -en las que sigue sin creer el liberalismo político, evolucionado en atroz Neoliberalismo-y, al tiempo, que sigue siendo una exigencia el respeto y la elegancia que implican *entender al que no piensa como nosotros*, lo que corresponde a un liberalismo como *actitud humana*, que fue la que caracterizó a José Antonio y quedó, también permanente, entre los rasgos del verdadero estilo falangista.

La poesía de José Antonio y algo más

José M^a García de Tuñón Aza

De vez en cuando, visitar las hemerotecas trae agradables sorpresas cuando uno *descubre* noticias que con el paso del tiempo tenía medio olvidadas. En esta ocasión, una de las páginas del diario ABC, 4 de febrero de 2002, publicaba una corta noticia anunciando la edición de los poemas del fundador de Falange, a cargo del poeta de izquierdas (lo de izquierdas lo digo porque así me lo manifestó cuando lo conocí) Rafael Inglada. El título era *11 poemas, de José Antonio Primo de Rivera*. «Reducir, como a menudo se ha hecho, una figura como la de José Antonio, tan discutida y tan rica en matices, a una sola faceta -la política-, es no sólo injusto, sino incluso y sobre todo opuesto a la verdad», nos dejaba escrito Rafael Inglada.

Cinco o seis años más tarde hubo una nueva edición a cargo también de Inglada, donde añadía dos versos más, o sea, el título era *13 poemas de José Antonio Primo de Rivera* con un largo prólogo del poeta Aquilino Duque, con quien, debo decirlo y quiero decirlo, tuve la suerte de compartir cartel, hace algún tiempo, en unas conferencias que tuvieron lugar en Cuelgamuros. Aquilino comienza su prólogo, que tituló *El tiempo y el pozo*, con estas palabras:



El poeta malagueño Rafael Inglada, que por su calidad y otras virtudes habría merecido, de vivir en otro tiempo, figurar en la *Antología palatina*, ha tenido la feliz ocurrencia de editar, con una sobria y simpática elegancia, las trece poesías que dejó José Antonio Primo de Rivera. Yo conocí a Rafael Inglada en Córdoba, en un orgiástico Congreso de Poesía, y me fue imposible estrecharle su mano ya que ambas las traía enguantadas de blanco y con unos cascabelitos cosidos a las puntas de los dedos...

Y es que en estos versos está explícita e ingenua la poesía implícita con la que José Antonio se planteó el eterno problema de España. La solución que le daba es cosa de su tiempo, como lo son todos los programas políticos, pero al menos en parte fue decisiva para resolver uno de los perores «males de la Patria», que hubiera dicho don Lucas Mallada: la injusticia social y el desamparo del trabajador...

Al recordar ahora a Aquilino Duque, me viene a la memoria cuando en el año 2003 el Ateneo de la ciudad de Gijón, con motivo del centenario del nacimiento del fundador de Falange, organizó una serie de conferencias con la participación de Fernando Suárez, Jaime Suárez, Aquilino Duque, Gonzalo Cerezo, Juan Velarde y el que esto escribe. Cada vez que la prensa publicaba una reseña de lo expuesto por cada uno de los conferenciantes, el socialista Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos, que había sido presidente del Principado de Asturias, se le removía los jugos gástricos, porque un día no se contuvo y arremetió, en su sección diaria, que tenía en un periódico ovetense, contra los que él llamó «rumiantes del fascismo», poniendo, además, en duda la condición de «intelectual» y de «poeta» de José Antonio Primo de Rivera. También escribió: «¿Dónde están esos versos, señor poeta?». Le contesté en el mismo medio donde él colaboraba, enumerándole todos los poemas que dejó escritos el fundador de Falange, a la vez que le citaba el libro que había editado Rafael Inglada. Pedro de Silva, nunca más volvió a referirse a José Antonio. Carecía de argumentos. Era uno de tantos que escriben lo que no saben qué escriben. Lo mismo que le ha pasado a Pérez Reverte.

Para finalizar. La fotografía que ilustra este artículo, sacada hace algunos años, se puede ver, a la izquierda, a Rafael Inglada, acompañado por mí. Detrás nuestro, se puede observar el cuadro *Accidente* (autorretrato) del pintor falangista Alfonso Ponce de León de quien Dionisio Ridruejo dijo que algunos de sus cuadros eran líricos o sensuales y se extraña que un pintor tan interesante haya desaparecido del mapa. Posiblemente porque no se quiere recordar que Lorca le pidió en los primeros años de la década de 1930 que realizara algunos decorados para los espectáculos de *La Barraca*. Ridruejo también nos recuerda que una ilustración suya para el diario *Arriba*, no pudo pasar porque se trataba de una historieta en cuyos cuadros sucesivos –un falangista en el centro con dedo imperativo– se veía a los militares entrando en su cuartel, los curas en su iglesia, los obreros en su fábrica y, en el último, un capitalista recibiendo una patada en el trasero.

Ponce de León, añade Ridruejo, solía acercarse a su casa silbando el himno falangista y, seguramente, no dejó de silbarlo hasta que se lo llevaron al muro. Su cadáver fue encontrado en una cuneta de Vicalvaro. Otros hombres de su familia también corrieron



una suerte trágica: fueron asesinados en la carretera de Vallecas su padre y su hermano Guillermo. Su otro hermano Juan, fue asesinado mediante fusilamiento.

Son como raposas y carroñeros

Emilio Álvarez Frías

Está feo calificar a alguien o a algo como tales, pues no somos dados al empleo de expresiones que puedan menoscabar la personalidad o las intenciones de terceros, pero a veces se lo ganan con premio extraordinario. Lo están pidiendo a gritos con sus comportamientos. Actúan como si tales fueran.

Lo cierto es que, desde estas líneas, no hemos prestado demasiada atención al partido emergente titulado genéricamente como Podemos pues han ido dando nombres diversos allá donde se han hecho presentes. Vamos a confesar por qué: porque no nos gustan, no es gente con la que se pueda uno relacionar con normalidad a pesar de los intentos de estar junto a todos; abren su ideario por ideologías –cuando las hay– que lamentablemente han hecho mucho daño al mundo, y no poco a España; cambian según los vientos y las mareas que les conviene para ir penetrando a fin de alcanzar sus propósitos; aprovechan toda la porquería que encuentran en el camino para ensuciar los lugares de encuentro; utilizan la palabra como dardos envenenados para tratar de contaminar la figura y el espectro del que consideran su enemigo, que no opuesto; usan un estilo mitinesco para transmitir sus mensajes que no corresponde con los modos correctos con los que se ha de dialogar con los demás; consideran que hay que salir a la calle en busca del alimento que no encuentran sentados de buenas maneras en la mesa; y entre gritos, proclamas, insultos, como carroñeros intentan ir devorando lo que aparece a su paso y les impide llegar a la conquista finalmente deseada.

No es gente de fiar. No es gente que tenga ideas claras de futuro aunque tengan ideas despejadas sobre planteamientos absurdos, propuestas caprichosas sin sentido, intentos de hacerse con el poder, de cómo han de machacar a quien no les gusta. Y les importa un haba saltarse las leyes a la torera, prevaricar, cometer desatinos, enfrentarse a las fuerzas del orden público, adoptar disposiciones contra natura. Les da igual todo. Aunque luego, a la menor, culpan a los otros con virulencia de todas esas mismas cosas.

No nos gusta que hayan entrado estos tipos (y tipas...) en los organismos de la administración, convirtiéndolos en lugares vulgares, de gente de mala educación y modales, sin formación alguna para los puestos para los que han sido designados, con ideas peregrinas mediante las que igual ponen a barrer las calles a los estudiantes que pretenden convertir el paso de un rebaño de ovejas por la capital como hecho significativo de atracción para el fomento del turismo.

Y como ahora, al haber perdido la pieza que deseaban cazar para hacerse con el PSOE tal cual hicieron con IU, vuelven a sus momentos más álgidos y desagradables, sacan todas las navajas que habían escondido, para intentar conquistar la calle a base de acuchilladas, pisoteando todo lo que se interponga para cumplir sus objetivos.

Cabe pensar que los españoles reaccionen positivamente, incluso los del «no», pues son tiempos de síes; para salir de la mugre en la que hemos estado, más vale intentar usar los vítores que gritos desacompañados. Son tiempos de trabajo y todo lo que sea holgar sin justificación es atentar contra la nación, contra la patria, contra España.



Como es nuestra costumbre, vamos a salir a la calle con ánimo alegre y con la intención de buscar a toda la buena gente que existe, y con ella, confraternizar y firmar la paz mediante un

trago del delicioso vino de Rueda que trae hoy nuestro añejo botijo castellano. Dice el refrán que «con pan y vino se anda el camino». Esa es nuestra prédica. Por ello adosamos al botijo un par de hogazas de buen pan igualmente castellano.

El eterno retorno de la izquierda

Jesús Laínz

A pesar de que pasa por abanderada del progresismo, un breve vistazo a su historia demuestra que, lejos de seguir una trayectoria lineal hacia el futuro y sus encantos, la izquierda española se caracteriza por su afán en dar vueltas y más vueltas sobre sí misma sin admitir jamás sus culpas ni aprender de sus errores. Y lo que es peor, haciendo perder el tiempo a todos una y otra vez, empezando por sus votantes, eternamente desinformados y amnésicos.

No hay error mantenido en un momento dado y abandonado posteriormente, por convencimiento o por conveniencia, que la izquierda no retome con el paso del tiempo. Por ejemplo, la hasta entonces internacionalista izquierda, contagiada tras 1939 por la ideología de sus compañeros separatistas de exilio, se apuntó con entusiasmo a todo tipo de autodeterminaciones. Uno de los puntos esenciales del célebre Congreso de Suresnes fue el «reconocimiento del derecho de autodeterminación de todas las nacionalidades ibéricas». Ibéricas, nada menos, aunque a los pobres portugueses nadie les hubiera dado vela en aquel entierro. Subrayemos que, en aquel indigesto mejunje de nacionalidades, estrategias de clase, emancipaciones, repúblicas federales, capitalismo monopolistas, poderes imperialistas, procesos dialécticos y perspectivas autogestionarias, la palabra España no se mencionó ni una sola vez, sustituida por «los diversos pueblos que integran el Estado español».



Efectivamente, hace cuarenta años los socialistas padecían alergia a la nación que, sin embargo, aspiraban a gobernar. Pero parece que sanaron a la fuerza tras su llegada a la Moncloa, aunque tampoco hace tanto que Bono tuvo que recordar a sus camaradas que ya era hora de perder el miedo a decir «¡Viva España!». Pero ahora las nuevas hornadas izquierdistas han recuperado la bazofia terminológica de Suresnes, idéntica, por cierto, a la de ETA y su submundo. Merece la pena recordar al respecto la reciente frase de Pablo

Iglesias: «Yo no puedo decir “España”».

Hace cuarenta años los socialistas eran más autodeterministas que Arzalluz y defendían que «el poder emana de cada uno de nuestros pueblos» (Txiki Benegas dixit). Pero, aunque lenta y trabajosamente, acabaron comprendiendo que la ONU llevaba décadas explicando que eso de la autodeterminación era para las colonias afroasiáticas y en modo alguno aplicable a los casos vasco y catalán, ni a ningún otro «intento encaminado a quebrantar total o parcialmente la unidad nacional y la integridad territorial de un Estado». Además, es de suponer que la mayoría del PSOE actual –salvo sus extensiones catalanas y, más confusamente, otras levantinas– sigue sosteniendo la infragmentabilidad de la soberanía nacional. Pues bien, nada desean más las nuevas hornadas de izquierdistas que sembrar el Estado Estatal de referendos para que las naciones que lo componen puedan decidir unilateralmente si se quedan o se largan.

Hace cuarenta años los socialistas se apuntaban encantados a compartir aberri egunas con unos herederos de Sabino que se mondaban de risa. Con el paso del tiempo acabaron dándose cuenta de que aquélla no era su fiesta. Pero ahora las nuevas hornadas de izquierdistas vuelven a celebrar el Día de la Patria Vasca junto a los defensores de Dios y las Leyes Viejas. De la Fiesta

Nacional de España, ni hablar, evidentemente. Eso es cosa de fascistas. No por casualidad Pablo Iglesias ha declarado: «El nacionalismo español me revienta mucho más que el vasco o el catalán».

Hace cuarenta años los socialistas admiraban a la ETA. Y el 20 de diciembre de 1973 se agarraron una tajada monumental para celebrar el asesinato de Carrero Blanco. Cuando morían militares y guardias civiles, ni les interesaba. Al fin y al cabo, eran las fuerzas represivas. Con el tiempo, y con unos cuantos cadáveres socialistas sobre la mesa, comenzaron a comprender. Hoy los nuevos izquierdistas van de la mano de los proetarras, y Pablo Iglesias, viejo colaborador del mundo batasuno, bien claramente denunció: «Menos el diario *Gara*, todos los medios son el enemigo».

Hace cuarenta años los izquierdistas, incluido Carrillo, admitieron que la rojigualda no era ni la bandera franquista ni la borbónica, sino la que desde Carlos III lleva cuatro siglos simbolizando a España por encima de reyes, dinastías, regímenes, repúblicas, dictaduras y democracias. Y que la tricolor, por el contrario, representaba solamente a un régimen muy concreto que duró ocho años. Hoy, con el inestimable antecedente de la canonización republicana mediante la Ley de Memoria Histórica de ZP, los nuevos izquierdistas han vuelto a sacar el morado del baúl de los



rencores y su líder ha expresado su desprecio por la bandera «monárquica y postfranquista», así como por la «cutre pachanga fachosa» del himno nacional.

Hace cuarenta años, los socialistas tuvieron por lema el «OTAN no, bases fuera», con el que atronaron las calles. Pero al poco de llegar al poder, en súbito ataque de realismo, acabaron pidiendo el sí a la Alianza Atlántica. Hoy los nuevos izquierdistas son los aliados de cualquier enemigo del imperialismo yanqui, desde la Cuba castrista y la

Venezuela chavista hasta cualquier país musulmán que se apunte.

Hace cuarenta años los viejos iconos revolucionarios seguían teniendo un hueco en el corazón de los socialistas, por ejemplo en el de Rosa Conde, ministra felipista que bautizó a su hijo Vladimir Fidel Ernesto en íntimo homenaje a Lenin, Castro y el Che. Pero, con el recuerdo del Lenin español aparcado en los lejanos años 30, el PSOE abandonó el marxismo como ideología oficial del partido en 1979. Hoy el «barbudo genial» de Tréveris y el Largo Caballero ruso son los faros de Pablo Iglesias mientras que sus socios de IU recuerdan en sus vídeos electorales que «Venimos de muy lejos» mediante imágenes y textos alusivos a Allende, la revolución de los claveles y la Pasionaria.

Hace cuarenta años los socialistas enterraron la cantinela de la lucha de clases, quizá porque acabaron comprendiendo que la sociedad española de entonces, como la de cualquier país occidental, tenía poco que ver con la de los tiempos de Marx y Engels. Hoy los nuevos izquierdistas, sin embargo, no cesan de repetir que ya no tiene sentido hablar de izquierda y derecha, sino de los que están arriba y los que están debajo. Otra vez la lucha de clases. ¡Qué moderno!

Y para que no falte de nada, los nuevos izquierdistas, en cualquiera de sus variantes, no nos han ahorrado ni las loas a la comuna y la procreación tribal ni la Estaca de Lluís Llach. ¡Hemos regresado al 68!

Ideas, palabras, esquemas, enfoques, personas, símbolos, eslóganes, recuerdos, obsesiones, casposas letanías de hace un siglo... Ésta es la alternativa de progreso que nos ofrecen los jóvenes renovadores de la izquierda.

La zorra al cuidado de las gallinas

Josele Sánchez

(*Latribunadelpaisvasco.com*)

Lugar en Alsasua en el que fueron apaleados dos guardias civiles. Navarra era hasta ahora, junto con Aragón, la región más española por antonomasia. Acaso por sus orígenes carlistas, el pueblo navarro, gente noble y sencilla, amante de sus tradiciones, había sido salto y seña, ejemplo y estandarte de españolidad a lo largo de la historia.

Desgraciadamente, desde los orígenes constitucionales de esta pseudodemocracia (y de cuyo pecado original varias generaciones de españoles pagaremos las consecuencias), Navarra se convirtió en la perla de adhesión deseada por los separatistas vascos, algo parecido a lo que también sufrimos los valencianos con los imbéciles catalanistas que inventaron aquellos imaginarios países catalans.

Para desgracia de los navarros, los sucesivos gobiernos centrales (UCD, PSOE y PP) han utilizado Navarra como pieza de negociación en las sucesivas, miserables y no reconocidas conversaciones con los asesinos etarras y ese pueblo navarro, antaño defensor (hasta con la fuerza si fuera necesario) de la verdad, la tradición y la justicia, se ha ido sometiendo al perverso mensaje buenista del «todo sea por la paz».

La agresión multitudinaria sufrida por dos guardias civiles y sus mujeres en la localidad de



Alsasua va a suponer para Navarra un antes y un después en su ejemplar historia. La dignidad de Navarra queda empañada y su brillante hoja de servicios a la patria va a sufrir una mancha de consecuencias irreparables. Porque no sólo se trata de que un grupo de malnacidos apalee a dos guardias civiles y sus mujeres (hijos de puta tenemos en todas partes); pero la no condena -cómplice y bastarda- de los hechos por parte de la consejera de interior del gobierno foral, convierte a Navarra, como región, en lo más parecido a lo que los

periodistas denominamos «estado fallido», es decir, «territorio en el que nadie puede garantizar los servicios y la legalidad jurídica más elemental».

Así las cosas María José Beaumont, filoetarra consejera de Presidencia, Justicia e Interior, no sólo es que no condene la brutal agresión sino que (y eso es lo que convierte a Navarra en algo muy parecido a un «estado fallido») es la máxima autoridad de la policía foral, aquella que acudió con retraso más que sospechoso al auxilio de los apaleados y la responsable, también, de localizar y detener a los agresores. ¿Qué seguridad de buena praxis policial ofrecen unas detenciones practicadas por una policía foral de la que su máximo responsable es una ciudadana como la señora Beaumont? ¿Quién puede garantizar que se detuvo a alguno de los verdaderos culpables? ¿Quién no tiene derecho a pensar que se fabricaron detenidos, que poco o nada tuvieran que ver con los hechos, a fin de entorpecer la labor judicial? ¿Quién puede creer en la independencia de un juez, que debe dictar prisión o libertad sobre los detenidos, sabedor de que probablemente no goce de la protección policial necesaria para garantizar su propia seguridad?

Todo lo que viene a continuación es un cúmulo de despropósitos. ¿Qué narices pintan veinte vehículos de la guardia civil dando vueltas por el pueblo? ¿Pensaban los mandos de la Benemérita que saldrían a su paso los culpables para identificarse como autores de la agresión?

¿Qué tipo de órdenes reciben los pobres agentes para no defenderse? Porque un teniente y un sargento de la guardia civil no son conserjes de un instituto, van armados (aunque vayan de paisano), son buenos tiradores y seguro que saben cómo repeler una agresión. Al director general de la Guardia Civil le resulta bastante más cómodo tener a dos agentes y sus mujeres gravemente apaleados, antes que un par de muertos abertzales.

Todo esto no es más que el inicio de una falta absoluta de garantías jurídicas en Navarra, como efecto colateral de lo que ya está ocurriendo en las Vascongadas: no podemos obviar que 225.000 individuos han votado en las elecciones vascas a los defensores de ETA.

¿Y qué hace el Estado?: NADA. Lamentar los hechos, condenar la agresión, visitar a los heridos, enviar a veinte vehículos a patrullar por las calles de Alsasua y afirmar con descaro que «se trata de un hecho puntual que no supone una vuelta de la mal denominada “kale borroka”», eufemismo democrático y buenista con el que definir al terrorismo callejero.

Estamos pagando las consecuencias de la tolerancia y el pactismo. Colombia acaba de demostrar que el pueblo no olvida y que la negociación jamás significa la victoria sobre el terrorismo sino, muy al contrario, la claudicación, la rendición, la derrota...

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Nuevos límites al poder político

Alberto Benegas Lynch (h)

(El Diario Exterior)

Estamos observando una marcada decadencia en el mundo. No se trata de sostener que «todo tiempo anterior fue mejor», para un análisis de esa naturaleza siempre deben estudiarse períodos y temas específicos en los que efectivamente encontraremos momentos mejores pero también mucho peores. En todo caso, lo que hoy vemos es que en la enorme mayoría de los países europeos el nacionalismo ha escalado a posiciones electorales sumamente amenazantes. En Estados Unidos, independientemente de los resultados en las urnas, se comprueba un avance notable de populismo y un apartamiento manifiesto de los valores de los Padres Fundadores. Y en Latinoamérica las situaciones de Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador son patéticas (para no decir nada de Cuba, la reversión parcial en Chile y los zigzagueantes y por momentos pastosos acontecimientos argentinos después de los extremos estatistas del gobierno anterior al actual), además, salvando las distancias, de las compadras y barrabasadas del tirano de Corea del Norte.

En el centro de casi todas estas situaciones se encuentra una manifiesta degradación de la noción de la democracia que, en la práctica, se ha desviado por completo de los ideales de los Giovanni Sartori de nuestra época para mutar en cleptocracia. Es curioso pero la mayoría de las personas opera como si la insistencia en una receta fallida producirá en el futuro resultados distintos de los que ocurren una y otra vez. Es imperioso dar la voz de alarma porque, como decía Einstein, una política que da malos resultados no será distinta por el hecho de que se insista en sus recetas.

Las alianzas y coaliciones, a la larga o a la corta se dirigen al despeñadero en cuanto al abandono de la protección gubernamental de los derechos individuales. Si continúa este espectáculo, tarde o temprano se habrá aniquilado la sociedad abierta y lo peor es que será «en nombre de la democracia».

En otras oportunidades me he referido a las propuestas de Friedrich Hayek en cuanto a reformas en el Poder Legislativo y a las propuestas de Bruno Leoni para el Judicial. También he citado un pasaje poco conocido de Montesquieu de su obra más difundida, aplicable al Ejecutivo

donde consigna que «El sufragio por sorteo está en la índole de la democracia». Esto sorprende a muchos y se preguntan si realmente cualquiera pueden ser elegidos (de los mayores de edad y dispuestos al cargo). Esta sorpresa incentiva a que la población se preocupe y se ocupe de resguardar sus vidas y propiedades, lo cual es precisamente lo que se requiere: incorporar en los marcos institucionales serias protecciones a los derechos y no entretenerse con nombres de candidatos. Como ha apuntado bien Karl Popper al criticar las ideas del «filósofo rey» de Platón: «lo relevante son las instituciones y no las personas al efecto de que los gobiernos hagan el menor daño posible».

Como es bien sabido, hay otras propuestas en cuanto al establecimiento de límites al gasto



público y a la presión tributaria y la prohibición del déficit fiscal y -en paralelo con la contradicción en términos denominada «inversión pública»- la prohibición de endeudamiento público al rechazar supuestas ventajas intergeneracionales, con el argumento de que es contrario a los preceptos de la democracia ya que compromete patrimonios de futuras generaciones que no han participado en el proceso electoral que eligió al gobernante que contrajo la deuda. Otros han enfatizado la necesidad de eliminar la banca central y más allá señalan la importancia de contar con un genuino federalismo fiscal y la eliminación de impuestos directos al efecto de retomar la tradición

alberdiana en la Argentina o la de los Padres Fundadores en EE.UU. para acelerar la recuperación de los más pobres (o todas estas medidas combinadas).

Estas propuestas pueden o no ser aceptadas y es necesario que sean debatidas pero lo que no es admisible es que no se haga nada a la espera de un milagro.

En esta nota periodística agrego otra propuesta a la que ya me he referido antes. Se trata del Triunvirato en el Poder Ejecutivo. Hay muy pocas personas que no se quejan (algunos están indignados) con los sucesos del momento en diferentes países tradicionalmente considerados del mundo libre. Las demoliciones de las monarquías absolutas ha sido sin duda una conquista colosal pero la caricatura de democracia como método de alternancia en el poder sobre la base del respeto a las minorías está haciendo agua por los cuatro costados, es imperioso el pensar sobre posibles diques adicionales al efecto de limitar el poder político por aquello de que «el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente».

Tres personas votando por mayoría logran aplacar los ímpetus de caudillos y permiten tamizar las decisiones ya que el republicanismo exige que la función de esta rama del gobierno es ejecutar lo resuelto por el Poder Legislativo básicamente respecto a la administración de los fondos públicos, y el Judicial en lo referente al descubrimiento del derecho en un proceso fallos en competencia.

Se podrá decir que las decisiones serán más lentas y meditadas en un gobierno tripartito, lo cual se confunde con la ponderación y la medida que requiere un sistema republicano. De todos modos, para el caso de un conflicto bélico, sería de interés que las tres personas se roten en la responsabilidad de comandantes en jefe.

Uno de los antecedentes más fértiles del Triunvirato se encuentra en los debates oficiales y no oficiales conectados a la Asamblea Constituyente de los Estados Unidos. Según la recopilación de los respectivos debates por James Madison que constan en la publicación de sus minuciosos manuscritos, el viernes primero de junio de 1787 Benjamin Franklin sugirió debatir el tema del ejecutivo unipersonal o tripartito. A esto último se opuso el constituyente James Wilson quien fue rebatido por Elbridge Gerry (luego vicepresidente del propio Madison) al explicar las

ventajas del triunvirato para «otorgar más peso e inspirar confianza». Edmund Randolph (gobernador de Virginia, procurador general del estado designado por Washington y el segundo secretario de estado de la nación) «se opuso vehementemente al ejecutivo unipersonal. Lo consideró el embrión de la monarquía. No tenemos, dijo, motivo para ser gobernados por el gobierno británico como nuestro prototipo [...] El genio del pueblo de América [Norteamérica] requiere una forma diferente de gobierno. Estimo que no hay razón para que los requisitos del departamento ejecutivo –vigor, despacho y responsabilidad– no puedan llevarse a cabo con tres hombres del mismo modo que con uno. El ejecutivo debe ser independiente. Por tanto, para sostener su independencia debe consistir en más de una persona». Luego de la continuación del debate Madison propuso posponer la discusión en cuanto a que el ejecutivo debiera estar formando por un triunvirato («a three men council») o debiera ser unipersonal hasta tanto no se hayan definido con precisión las funciones del ejecutivo.

Este debate suspendido continuó informalmente fuera del recinto según los antes mencionado constituyentes Wilson y Gerry pero con argumentaciones de tenor equivalente a los manifestados en la Asamblea con el agregado por parte de los partidarios de la tesis de Randolph-Gerry de la conveniencia del triunvirato «al efecto de moderar los peligros de los caudillos». El historiador Forrest Mc Donald escribe (en *E Pluribus Unum. The Formation of the American Republic, 1776-1790*) que «Algunos de los delegados más republicanos [...] desconfiaban tanto del poder ejecutivo que insistieron en que solamente podía ser establecido con seguridad en una cabeza plural, preferentemente con tres hombres».

Sin duda alguna que la perfección no está al alcance de los mortales, de lo que se trata es de



minimizar costos para lo cual debe tenerse presente que, en esta materia y en ninguna otra, se puede llegar a un punto final en un proceso continuo de prueba y error. En este contexto debe saberse que, como diría Benedetto Croce, la historia es «la hazaña de la libertad» y como apuntó George Mason «el precio de la libertad es su eterna vigilancia». Herbert Spencer en las últimas líneas de *El hombre contra el estado* celebra el derrocamiento de las antes aludidas monarquías absolutas pero advierte de los peligros de las mayorías parlamentarias. Es hora de reconocer que los esfuerzos por limitar

el poder hasta el presente han resultado en un fracaso, tal como lo consigna el antes mencionado Hayek en las primeras doce líneas de edición original de *Law, Legislation and Liberty*.

En otros lugares se establecieron triunviratos pero sin la suficiente perseverancia. Tal es el caso, por ejemplo, en lo que después fue la Argentina, en cuyo caso las respectiva disposición plasmada en el decreto del 23 de septiembre de 1811, establecía en la parte pertinente que «Teniendo consideración a la celeridad y energía con que deben girar los negocios de la patria [...] la Junta ha acordado constituir un Poder Ejecutivo compuesto de tres vocales». En medio de tensiones varias, el 23 de noviembre Bernardino Rivadavia redacta una disposición del nuevo gobierno denominada Decreto sobre Seguridad Personal en cuyo Preámbulo se lee que «Todo ciudadano tiene un derecho sagrado a la protección de su vida, de su honor, de su libertad y de sus propiedades» seguido de nueve artículos sobre las libertades civiles que más adelante sirvieron de base para la Constitución liberal de 1853 sugerida principalmente por Juan Bautista Alberdi. El 23 de enero de 1812 se promulgó el Reglamento de Justicia sustituyendo la Real Audiencia por una Cámara de Apelaciones local, y por decreto del 19 de abril del mismo año se extendieron las libertades al comercio exterior abriendo las aduanas y el 8 de octubre se sustituye este Primer Triunvirato por un Segundo Triunvirato mientras se suscitaban debates sobre esta forma de gobierno apoyada decididamente por José de San Martín. Sin embargo, finalmente prosperó la idea opuesta, principalmente esgrimida por Carlos María de Alvear y,

posteriormente, en el seno de lo que se conoció como la Asamblea del año XIII, se dispuso que el ejecutivo sería a partir de entonces unipersonal.

En otras palabras, estas líneas pretenden sacudir la modorra e intentan despejar telarañas y cerrojos mentales y abrir un debate sobre el tema de los límites al poder. Aunque se rechacen las propuestas aquí mencionadas, es indispensable hacer trabajar las neuronas al efecto de imaginar nuevas vallas para detener el precipitado avance de un Leviatán cada vez más adiposo y destructivo.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.